

ct

Mi cuento de la lechera

de
Carolina África

(fragmento)

Dibuja castillos en el aire, desarróllalos sobre un papel y levántalos en la tierra.

Carolina África.

Mi cuento de la lechera está basado en la fábula tradicional atribuida a Esopo (en *Fábulas de Esopo*), s. VI a.C.; aunque aparecen otras referencias literarias posteriores con argumento similar “Lo que sucedió a una mujer que se llamaba doña Truhana” dentro de *El conde Lucanor* escrito por Don Juan Manuel en el s. XIV y la fábula “La Lechera” en verso de Félix María de Samaniego del S. XVIII.

Sobre una silla vemos a una mujer con un vestido desabrochado que deja ver en la parte superior del pecho un sujetador de lactancia. Está sustrayendo leche de uno de sus senos con un aparato manual, mientras tararea una canción de manera casi imperceptible.

Cuando el recipiente está casi lleno, termina su labor y se abrocha el sostén. Deposita el envase sobre una mesita. Se acerca a un carricoche de bebé que se encuentra a su lado donde suponemos dormita un bebé. Amorosa y suavemente le canta una canción infantil utilizando sus manos de manera muy expresiva.

MUJER

Lecherita, *(tres palmadas)*
¿dónde vas? *(tres palmadas)*

¿A por leche? *(tres palmadas)*
¿o a por pan? *(tres palmadas)*

¿Tienes novio? *(tres palmadas)*
Ya lo creo. *(tres palmadas)*

Que se llama *(tres palmadas)*
Timoteo *(tres palmadas)*

(Haciendo gestos mímicos que describen las acciones)

Bajo a la bodega,

rompo una botella

,
mi mamá me pega,

yo le pego a ella.

Subo al cuarto piso,

pongo el tocadiscos

abro la ventana,
veo a una gitana.

Chinita, Japón,
media vuelta y pon.

(Coge al bebé, lo besa con amor y se sienta con él en la silla. De nuevo saca uno de sus pechos y comienza a darle de mamar, en algún momento del monólogo volverá a depositar al bebé en el carro).

MUJER

¿A ti te amamantaron?

A mí no.

Mi madre lo intentó con mi hermano mayor, que nació hermoso y rollizo, pero a las dos semanas tomando pecho se le fue la galanura y el primor con que nació tornándose lánguido y pelujo.

Mi tía le dijo a mi madre:

-“Adela, por Dios, esa criatura tiene unos pelos de hambre... ¡dale un biberón, mujer!”.

Ella quería amantarlo con toda su alma -y con su cuerpo también- pero viendo que su bello retoño andaba perdiendo la preciosura, cedió a darle un biberón que mi consanguíneo se atizó casi sin respirar, para dormir después, a piernita suelta, más de cuatro horas seguidas.

Mi madre, tras ese lance, se vetó darle el pecho nunca más, y conmigo, que aparecí veinte meses después, simplemente ni se lo planteó.

A lo largo de su vida me ha dicho muchas veces: “Me cago en la leche que te han dado” y yo siempre pienso, “Claro, como no es la tuya...”

El caso es que no caté la leche de mi señora madre pero “la otra que me dieron”, la de vaca, la he devorado desde siempre y me gusta sin nada. Leche blanca, como decíamos mi hermano y yo.

-“¿Cómo quieres la leche? ¿Con Cola cao o blanca?”

-“Blanca. La quiero, blanca”.

Mi abuelo siempre tuvo vacas, pero cuando enfermó, mi madre y mi tía las vendieron porque pensaron que le daban demasiado trabajo y el hombre no estaba para tanto enredo. Eso, y que le prohibieran el vino, creo que fue lo que definitivamente mató al abuelo.

Desde que nos quedamos sin vacas teníamos que ir a por la leche en casa de la tía Fuensanta.

La tía Fuensanta había sido ama de cría de joven, por lo visto perdió a varios bebés pero amamantó muchísimos, dicen que incluso viajó a Madrid a trabajar como nodriza y contaban que llevó un cachorrito de perro durante el viaje al que iba dando de mamar para que no se le secaran los pechos. Luego volvió al pueblo y, aunque nunca tuvo descendencia, sí crío un linaje de gallinas, cerdos y unas quince vacas con las que seguía abasteciendo de leche a muchos de nosotros.

A cambio de unas pesetas, nos llenaba una garrafa que traíamos calle arriba, subiendo una costanera que nos dejaba deslomados, sobre todo en el último repecho que había hasta llegar a nuestra puerta. Mi madre hervía la leche en una olla bermeja, cobriza, y a mí me gustaba vigilarla y meter el dedillo en la capa primera del cuajo antes de que rompiera a cocer. Sacaba el dedo y jugaba con esa veta mocososa que volvía a depositar sin ningún reparo dentro del perol.

Por muy atenta que estuviera, frecuentemente se derramaba al llegar al punto de cocción. Yo rauda intentaba detener el fuego pero era inevitable el desborde lácteo que enfangaba fogones y puchero. Mi madre, tras su “Me cago en la leche que te han dado” por no haberla custodiado bien, sacaba con una espumadera la nata a una tacita transparente que hacía las delicias del desayuno cuando, ya fría y con azúcar espolvoreado sobre una rebanada de pan, se convertía en el manjar más delicioso que yo hubiera probado jamás.

Mi hermano y yo nos peleábamos por esa crema, hasta el punto en que decidimos tomarla un día cada uno para poder saborearla en todo su esplendor y sin necesidad de compartirla.

Un mañana, la tía Fuensanta nos trajo de regalo una leche más espesa: eran calostros, nos dijo mi madre.

Una de sus vacas había parido un ternero y esa primera leche bovina, aseguraba mi progenitora, tenía todas las propiedades de la medicina juntas, y nos la dio a beber tratando de embutirnos anticuerpos que mejoraran nuestro sistema inmunológico.

Yo la engullí gustosa pensando que se parecería a la tan preciada natilla que nacía de la leche hervida, pero ese líquido semicuajado me repugnó de tal manera que lo devolví al instante y mi hermano se negó a probar una gota habiendo visto mi desembuche.

Los días que siguieron, en los que fui incapaz de volver a beber “leche blanca”, se oía desde nuestra casa una vaca mugir mañana y noche. Resonaba con un gruñido insistente, descorazonador.

Pregunté a mi madre el porqué de aquel desgañite y me contó que era la vaca de la tía Fuensanta, la de los calostros, que bramaba desesperada porque la separaban del ternero recién nacido.

“¡Pero entonces no puede dar de mamar al choto!”

“Bueno, hija, tú no mamaste y no te ha pasado nada así que déjate de mamoneos y vete a por la leche que es muy tarde”. “Y tira el chicle, que luego no cenas”

Me encaminé a casa de la tía Fuensanta sufriendo amargamente por la pobre res que berreaba endiablada suplicando en ese idioma imposible que le devolvieran a su becerro.

Y aunque la tía Fuensanta me daba miedo con sus miles de arrugas y sus ojos pequeños hundidos en las cuencas de esa mirada milenaria, me atreví a preguntar.

- “Tía, ¿Cómo se llama la vaca?”

- “María Luisa”

- “¿Por qué no le devolvéis a su ternero?”

- “Porque no puede ser, hija”

- “¿Y por qué no puede ser?”

- “Porque las cosas no son como nos gustaría, sino como son”.